

II

Los domingos por la noche, reuníanse en casa de Jorge una tertulia compuesta de amigos íntimos que conversaban en torno de la lámpara de porcelana color rosa. El ingeniero, como se le llamaba en la calle, hacía una vida muy retirada y sólo recibía contadas visitas. Se hablaba y se tomaba te. Luisa hacía crochet, Jorge fumaba en su pipa. Tenía aquello el aspecto un poco estudiantil.

El primero en llegar era Julián Zuzarte, un pariente lejano de Jorge y antiguo discípulo suyo en los primeros años de la Escuela politécnica. Era un hombre seco y nervioso, con quevedos azules y el cabello tan largo, que le caía sobre los hombros. Estudiaba medicina. Era muy inteligente y aplicado, pero como él mismo decía, estaba un poco guillado. A los treinta años, pobre, con deudas, sin clientela, empezó á desesperarse de su cuarto piso en uno de los barrios bajos, de sus comidas á dos pesetas, de su gabán con flecos en las mangas. Encerrado en aquel vivir mezquino como en una cárcel, veía á los demás, á las nulidades y á las medianías, escalar todos los puestos, hacer su negocio, y vivir en grande. Falta de suerte, solía decir. Hubie-

ra podido aceptar una plaza de médico en algún pueblo remoto, y tener su casa y su jardín; pero se rebelaba su orgullo y confiado en su talento y en su ciencia, no quería ir á encerrarlos en un lugarejo triste con sus tres calles honradas por los cerdos. La sola idea de esta vida le aterraba. Veíase allá abajo olvidado, embrutecido, jugando al tute en la botica, muriéndose de tedio. Por eso se revelaba á salir de Lisboa. Esperaba con la tenacidad del plebeyo ambicioso una cátedra en la Universidad, una clientela numerosa y rica, un coche para visitarla y una mujer rubia con buen dote. Creíase con derecho á estos favores de la fortuna, y como tardaban en llegar, se amargó su carácter. Cobró odio á la vida. Se prolongaban más cada día sus silencios hostiles, durante los cuales se roía las uñas. En sus mejores días, no cesaba de tener frases secas, ágrias, entonces su voz desagradable caía como un gotear helado.

A Luisa no le era simpático; hallábale muy poco divertido, aborrecía su tono doctoral, los reflejos oscuros de sus quevedos, y los elásticos dehilachado de sus botas, puestos al descubierto por los pantalones demasiado cortos. Sin embargo, sabía ocultar su antipatía, y le ponía buen semblante por complacer á Jorge que solía decir hablando de Julián:

—Es un gran talento. ¡Es un hombre superior!

Como llegaba temprano, pasaba al comedor, donde tomaba una taza de café: miraba de soslayo, amargamente, la plata que lucía en el aparador y las frescas toalés de Luisa.

A Julián, la suerte de aquel pariente que era una medianía, y que sin embargo podía vivir sin apuros, con el estómago lleno, y estimado en el Ministerio, le parecía una injusticia y casi una humillación que se le hacía. Pero aparentaba estimarle.

Acudía á su tertulia todos los domingos; entonces ocultaba sus preocupaciones y procuraba mostrarse decididor, pasando á cada momento los dedos por entre sus largos cabellos secos y llenos de caspa.

A las nueve, invariablemente, hacia su aparición en la tertulia doña Felicidad de Noroña. Entraba con la sonrisa en los labios y los brazos abiertos. Tenía cincuenta años: era una señora ajamonada y amable: como su dolencia del estómago no le permitía usar corsé, resultaba que sus fofas mantecas rebosaban por todas partes. Brillaban algunas canas en sus cabellos ligeramente rizados, pero la cara en sus cabellos ligeramente rizados, pero la cara pulida y redonda, tenía la blancura lúcida de un rostro monjil. Los párpados con bolsa, casi ocultaban sus pupilas negras y húmedas. En los rincones de la boca se perfilaban levemente algunos pelos como trazos de una pluma muy fina. Había sido la amiga íntima de la madre de Luisa, y le quedaba desde entonces, la costumbre de ir á ver á la pequeña todos los domingos. Pertenecía á una familia antigua: los Noroñas de Redondela. Estaba bien relacionada en Lisboa, y oía todos los días dos misas en la Encarnación.

Apenas entró, estampó un sonoro beso en cada mejilla de Luisa, y le preguntó en voz baja y ansiosa:

—¿Sabes si vendrá?

—¿El Consejero? Sí, señora.

Luisa sabía de quien se trataba. Porque el Consejera, el señor Consejero Acacio, no asistía nunca á los tes de doña Luisa, como él decía, sin haber ido la víspera al Ministerio de Obras públicas para ver á Jorge, y anunciárselo solemnemente, encorvando un poco su prócer estatura:

—Amigo Jorge, mañana tendré el honor de ir á pedir una taza de te, á su encantadora esposa.

Ordinariamente añadía:

—¿Adelantan los trabajos de usted? Me alegro. Usted será útil á su patria. Si ve usted al Ministro, preséntele usted mis respetos. Ese hombre es el primer talento de Portugal.

Y salía, cruzando con grave y sonoro andar los corredores del Ministerio, llenos de polvo y de colillas.

Cinco años hacía que doña Felicidad estaba enamorada del Consejero. En casa de Jorge se burlaban un poco de aquella llama, que la jamona alimentaba en su pecho. Veían á la buena señora colorada, con los carrillos reventando, y no sabían que aquel amor postrero, irritado semanalmente, ardiendo en silencio, la iba devorando como una enfermedad, y desmoralizando como un vicio. Todos los amores de doña Felicidad habían sido despreciados. Primero quiso á un oficial de lanceros de quien conservaba el retrato. Después, se enamoró de pronto y en secreto, de un mozo panadero vecino suyo, al cual tuvo el dolor de ver casado. Entonces dedicóse por entero á un perrito, *Bilro*. Una criada despedida, se vengó dando morcilla al animalito. *Bilro* estiró la pata: pero aun reinaba relleno de paja en el comedor. El amor por el Consejero había llegado de repente, un día cualquiera, y puesto fuego á todos aquellos deseos sobrepuestos como combustibles antiguos. El señor Acacio fué su locura. Doña Felicidad admiraba su porte, su palabra, su seriedad. Ante su elocuencia, abría asombrada los ojos. El Consejero era su ambición y su vicio. Había sobre todo en él una belleza cuya larga contemplación la trastornaba como un vino fuerte: era la calva. Siempre había tenido el gusto perverso, tan frecuente sin embargo en las mujeres, por los hombres calvos, y aquel apetito nunca satisfecho, con los años, hiciéran-

se voraz. Cuando doña Felicidad contemplaba la calva del Consejero, extensa, redonda y pulida, que brillaba bajo la luz de la lámpara, un sudor ansioso humedecía su espalda, y sus ojos brillaban con una voluntad absurda, con la avidez de llevar á ella sus manos y palparla y sobarla. Pero se contenía, y para disimular, hablaba en voz alta, con sonrisa forzada, abanicándose deprisa y tragando saliva. Devuelta en su casa, rezaba largos rosarios y se imponía duras penitencias, pero concluidas las oraciones y cumplidas las penitencias, aquella locura renacía más briosa.

La pobre señora no podía luchar entre las melancolías que su histerismo le ocasionaba, y las pesadillas lascivas que sus sueños le ofrecían. La indiferencia del Consejero la desconsolaba: ni una mirada, ni una sonrisa, nada que pudiese mostrar que su amor era compartido. Nada más que una reserva solemne y cortés. Varias veces se habían hallado juntos en el hueco de una ventana ó sentados en el sofá, pero apenas doña Felicidad dejaba escapar un suspiro, el Consejero se apartaba severo y pudibundo. Un día la buena señora creyó advertir que tras los cristales de las gafas, los ojos del Consejero asestaban una mirada de soslayo sobre la abundancia de su seno. Entonces doña Felicidad tuvo valor para decirle suspirando:

—¡Acacio!

Pero el Consejero le interrumpió con un ademán frío, y murmuró levantándose:

— Señora... Todo es inútil, señora.

El martirio de doña Felicidad fué desde entonces más disimulado y más profundo. Los tertulios de Jorge sabían sus desgraciados amores, pero no podían adivinar sus tormentos. Un día Luisa quedó estupefacta cuando doña Felicidad oprimiéndole la

mano, murmuró á su oído, en tanto devoraba al Consejero con los ojos:

—¡Qué encanto de hombre!

Aquella noche se hablaba del Alentejo, de Evora y su riqueza, de la Capilla de los Huesos, cuando entró el Consejero con su paletot bajo el brazo. Fué á dejarle sobre una silla, doblado cuidadosamente, y con su andar solemne y oficial, acercóse á Luisa estrechándole ambas manos, al mismo tiempo que le decía con su sonora y engolada voz.

—Usted siempre tan buena, señora. Ya me lo dijo Jorge. Me alegró, me alegró infinito.

El Consejero era alto, flaco, vestido todo de negro, agarrotado por el cuello de la camisa, siempre rígido y lustroso. El rostro largo y enjuto ensanchábase hacia la frente calva, blanca y luciente. Tenía la debilidad de teñirse el escaso cabello que de una oreja á otra, trazábale un cerquillo por detrás de la nuca. Pero no se teñía el bigote entrecano y con largas guías, que colgaban un poco lacias. Era muy pálido y jamás descabalgaba de su nariz las gafas obscuras.

Había sido Director General en el Ministerio de la Gobernación, y siempre que decía — el Rey — se inclinaba un poco en la silla. Todos sus gestos eran mesurados. Aun para tomar rapé sabía ser solemne. Jamás usaba frases triviales. No decía *vomitar* sino *devolver*, haciendo al mismo tiempo un gesto indicativo. Hablando de las celebridades portuguesas solía exclamar: nuestro Garret, nuestro Herculano. Citaba mucho, no tenía familia y vivía solo en un tercer piso de la calle del Ferregial, amancebado con su ama de gobierno y entretenido en árduos estudios de Economía Política. Había escrito los *Principios generadores de la ciencia de la riqueza, y su distribución, según, los mejores autores, con*

este aditamento: *Lectura para las veladas*. Hacía apenas algunos meses que había publicado la *Historia de todos los ministros de Estado, desde el ilustre marqués de Pombal hasta nuestros días, con datos cuidadosamente recogidos de su nacimiento y muerte*.

— ¿Ha estado usted en el Alentejo, Consejero?— preguntó Luisa.

El Consejero respondió inclinándose.

— Nunca, señora, nunca. Y lo siento, porque dicen que sus curiosidades son de primer orden.

Tomó delicadamente un polvo de su tabaquera dorada, y añadió con gravedad:

— La principal riqueza de ese país es el ganado de cerda.

Julián interrumpió desde el rincón en que estaba sentado:

— Jorge, averigua lo que gana al año el médico titular de Evora.

El Consejero, siempre bien informado, acudió á satisfacer esta curiosidad con el polvo de rapé entre los dedos.

— Debe ganar seiscientos mil reis, señor Zuzarte. Tengo eso en mis notas. ¿Se puede saber por qué esa pregunta? ¿Acaso quiere usted abandonar Lisboa?

— Tal vez.

Todos desaprobaron aquel proyecto.

— ¡Ah! Lisboa siempre es Lisboa.— Suspiró doña Felicidad.

— Ciudad de mármol y de granito según la frase de nuestro inmortal historiador.— Dijo con énfasis el Consejero; y aspiró el polvo de rapé con los dedos flacos y bien cuidados, abiertos en forma de abanico.

Entonces dijo doña Felicidad:

— Quién no cambia Lisboa ni por el cielo, es el Consejero.

El Consejero volviéndose lentamente, inclinándose un poco, replicó:

— Nací en Lisboa, doña Felicidad. Soy lisbonense de corazón.

— El Consejero,— recordó Jorge,— nació en la calle de San José.

— Efectivamente, en el número 75. La casa inmediata á la que vivió el pobre Gerardo, hasta su matrimonio.

Este pobre Gerardo había sido el padre de Jorge, y Acacio fuera su amigo íntimo. Eran vecinos, y como Gerardo tocaba la flauta y Acacio el violín, formaban duos, y pertenecían á la sociedad filarmónica de la calle de San José. Más tarde, cuando Acacio entró en las oficinas del ministerio, abandonó, tanto por escrúpulo, como por dignidad, el violín y las emociones tiernas y alegres de las veladas filarmónicas. Se anegó en la estadística; pero fué fiel á Gerardo y continuó sobre Jorge esta amistad vigilante; fué su testigo de boda, le iba á ver todos los domingos, y el día de su santo le enviaba puntualmente una tarjeta y una anguila de mazapán.

— Aquí nací,— repitió desdoblado su pañueio de Indias,— y aquí he de morir.

Después se sonó discretamente.

— No hay que pensar en eso, Consejero.

— Querido Jorge, no me asusta la muerte. Hace tiempo hice construir, sin la menor preocupación, allá, en el cementerio de San Juan, mi última morada. Modesta, pero decente. Está á la entrada, en sitio abrigado, al lado de una tumba lujosa, que ustedes recordarán. Un mausóleo de mármol blanco...

— ¿Ha compuesto usted su epitafio, señor Consejero?— preguntó Zuzarte, con ironía.

— No, señor Zuzarte. No quiero elogios sobre mi tumba. Si mis conciudadanos, ó mis amigos, creen

que he contraído algunos méritos que merezcan un recuerdo, tienen otros medios para conmemorarlos: una biografía, un artículo necrológico, y aun la misma poesía. Por mi parte, únicamente deseo sobre la losa que me cubra, mi título de Consejero, mi nombre con letras negras, y la fecha de mi nacimiento y la de mi muerte.

Después, con tono lento y reflexivo, añadió:

—No me opongo tampoco, á que debajo se grave un *¡Rogad por él!* en letras más pequeñas.

Todos callaron conmovidos.

Transcurrió un instante y la puerta se abrió

Una voz aguda dijo:

—¿Se puede?

—¡Ah! Ernestillo, pasa...— exclamó Jorge.

Ernestillo atravesó la sala con paso rápido, y fué á abrazar á Jorge.

—He oído que te marchabas, primo... ¿Y la prima que tal?

Era pariente de Jorge. Delgaducho, pequeño y de miembros frágiles, parecía más bien un colegial que un hombre. El bigote ralo, untado de cosmético se levantaba en guías puntiagudas como agujas. Tenía el rostro chupado y con ojeras, en cuyo fondo brillaban las pupilas con enfermizo fulgor. Calzaba zapatos de charol con anchos lazos de seda. Sobre su chaleco blanco la cadena del reloj sostenía un pesado guardapelo de oro con flores y frutas labradas en relieve. Vivía con una actriz del *Gimnasio*, una muchacha color de melón, con aire anémico y cabellos muy rizados. Ernestillo escribía para el teatro. Guardaba en cartera algunos dramas traducidos del francés, dos piezas originales y una comedia de enredo. Ultimamente andaba preocupado con los ensayos de un drama en cinco actos que tenía en Variedades "Honra y pasión."

Su fuerte era el género romántico. Desde que ensayaba andaba muy atareado con los bolsillos llenos de manuscritos y siempre acompañado de cómicos, apuntadores y traspuntes. Pagaba copas y cafés. Andaba jadeante, con el sombrero apabullado y diciendo á cuantos tropezaba: "Esta vida me mata." Escribía por pasión y amor al Arte, pues á más de ser rico por su casa, tenía un buen destino en Aduanas. Era el primero en confesar que este amor al Arte le costaba un dñeral. Para el acto del baile, en su drama "Honra y pasión," había mandado hacer á su costa, botas de charol para el galán, botas de charol para el barba.

Se le hizo sitio, Luisa al colocar su bordado sobre la mesa para retirar la silla, observó que venía pálido y con la cara muy abatida.

Ernestillo se lamentó de sus trabajos. Los ensayos le traían mareado. Todos los días tenía que sostener una disputa con el empresario, que no quería pintar decorado. La víspera había tenido que rehacer, casi por entero, el final de un acto.

—Y todo,—añadió muy irritado,—porque ese animal, ese bruto, quiere que pase en una sala, el acto que yo colocaba en un abismo.

—¿En un qué...?—preguntó sorprendida doña Felicidad.

El Consejero, muy cortés, le hizo una luminosa explicación.

—En un abismo, doña Felicidad, en un precipicio. Puede decirse en un vórtice.

Y acto seguido un verso:

En espumoso vórtice se arroja

—Pero, ¿por qué en un abismo?—preguntaron Jorge y Luisa.

El Consejero pidió noticias del *argumento* de la obra.

Ernestillo, radiante, contó detenidamente el enredo de su obra.

Se trataba de una mujer casada que tropezó en Cintra con un hombre fatal, el conde de Monte-Redondo. El marido habíase arruinado en el juego y debía un ciento de *contos de reis*. Estaba deshonrado; iba á ser preso. Su mujer, desesperada, corre á un viejo castillo que habita el conde, deja caer el velo y le cuenta toda la catástrofe.

El conde se pone su capa y llega en el momento en que los alguaciles ponen mano sobre el culpable. Seguía una escena conmovedora á la luz de la luna. El conde se desemboza, arroja una bolsa llena de oro á los pies de los alguaciles, y les grita: "¡Saciaos, buitres!"

—¡Bello final! — exclama el Consejero.

—Para terminar: la escena se complica. El conde de Monte-Redondo y la mujer se aman: el marido lo descubre, arroja todo el oro á los pies del conde y mata á su esposa.

—¿Cómo?—preguntaron los tertulios.

—La arroja al abismo en el quinto acto. El conde que lo ve, acude á defenderla y cae también. El marido suelta una infernal carcajada y se cruza de brazos... ¡Así había arreglado yo las cosas!

Se detuvo jadeante, y abanicándose con su pañuelo, miró en torno con sus ojos lánguidos y plateados como los de un pez muerto.

—Es una obra fundida en buen troquel. Las grandes pasiones se combaten, —dijo el Consejero acariciándose la calva,—mi enhorabuena, señor de Ledesma.

—¿Pero qué demonios quiere ese director?—preguntó Julián que había escuchado silencioso y aten-

to.—¿Quiere poner el abismo en un primer piso amueblado por Garde?

Ernestillo se volvió muy deferente.

—No, señor Zuzarte. Quiere que el deseniace sea en un salón. De modo que,—agregó con resignación,—he tenido que escribir todo un quinto acto para ser complaciente. He pasado toda la noche en claro, escribiendo y tomando café.

—Mucho cuidado, señor Ledesma, mucho cuidado,—dijo el Consejero extendiendo las manos.—Es preciso gran prudencia con los excitantes.

—No me hace daño, señor Consejero. He rehecho el final en tres horas. Se lo acabo de leer al empresario. ¡Encima le traigo!

—Léalo usted, Ernesto, léalo usted,—dijo doña Felicidad.

—Sí, léalo usted,—exclamaron todos.

—Es un borrador... temo aburrir y molestar á ustedes,—dijo Ernesto, á quien el gozo le rebosaba por todas partes,—en fin, ya que ustedes lo quieren...

Y en medio de un respetuoso silencio, desdobló el manuscrito, un rollo de papel azul rayado.

—Reclamo indulgencia antes de empezar, en atención á que esto sólo es un borrador.

Y leyó con voz teatral:

—“*Agata*. Esta es la mujer y estamos ya en la escena en que el marido está enterado de todo.

AGATA (cayendo de rodillas á los pies de Julio)

—¡Mátame, mátame por compasión! ¡Antes la muerte que sentir estallar el corazón fibra á fibra al golpe de tus desprecios!

JULIO

—¿No me has arrancado tú el mío? ¿Tuviste pie-

dad de mí? ¿No me le has roto en pedazos? Dios mío, yo que la creía pura cuando más feliz...

Una de las cortinas del salón se movió; oyóse el tintinar suave de las tazas unas contra otras, y Juliana entró vestida de delantal blanco, trayendo el te.

—¡Qué fastidio!—murmuró Luisa.—Después del te seguiremos ¿eh?

—No vale la pena, primita,—replicó Ernesto, cerrando el cuaderno y arrojando una furibunda mirada á Juliana.

—¿Cómo es eso? ¡Si es precioso, divino! dijo doña Felicidad.

Juliana puso sobre la mesa el plato de mantecadas, los bombones de coco, los bizcochos de Oiro...

—Señor Consejero,—dijo Luisa.—Aquí tiene usted su te, como á usted le gusta, un poco claro. Sirvase usted, Julián. Dele usted mantecadas á Julián.

Y con la manga un poco alzada y al descubierto el blanquísimo y ebúrneo brazo, sostenía en la mano la cucharilla del azúcar.

—¿Quién quiere un poco de azúcar? Señor Consejero, una mantecadita...

—Querida señora, mil gracias,—respondió inclinándose;—ya me he servido.

Y declaró, volviéndose á Ernestillo, que encontraba espléndido el estilo de su obra.

—Pero, ¿qué exige ahora el director?—preguntaron á derecha é izquierda.

Ernestillo, de pie, animado, con un bombón en la punta de los dedos, dijo:

—Quiere que el marido perdona.
Movimiento de asombro.

—¡Qué extravagancia! ¡Qué ideal! ¿Por qué? ¡Vaya un caso curioso!—dijeron por todas partes.

—¡Qué quieren ustedes!—dijo Ernesto encogiéndose de hombros.—Dice que al público no le gustan esos desenlaces... Que aquí no encajan...

—En honor de la verdad, señor Ledesma,—dijo el Consejero,—nuestro público no está hecho á escenas sangrientas.

—Es verdad,—apoyó doña Felicidad.

—Pero, señor Consejero,—respondió Ernesto, levantándose sobre la punta de los pies;—en mi obra no hay sangre, ni una gota: un tiro por la espalda.

En aquel momento llamó Luisa la atención de doña Felicidad con un *psst*, y la dijo aparte, sonriendo:

—Tome usted de estos bombones de huevo. Son muy frescos.

—Hija mía, imposible,—respondió con lastimera voz, señalando el estómago.

Entre tanto, el Consejero aconsejaba á Ernestillo que fuese clemente: con las manos á la espalda, le decía, tratando de persuadirle:

—Esto da más alegría á la obra, señor Ledesma. El espectador sale más divertido.

—Señor Consejero,—dijo Luisa,—¿quiere usted un pastelito?...

—He concluido, querida señora... Veamos, Jorge; ¿no es usted de mi opinión?

—Yo, señor Consejero,—respondió Jorge metiéndose las manos en los bolsillos;—Yo, de ninguna manera; decididamente estoy por la muerte.

—¡Ah! ¡Entonces!...

—Estoy por la muerte,—repetía con viveza,—y exijo que la mates,—añadió volviéndose á Ernesto. Toda ansiosa acudió doña Felicidad.

—Señor Ledesma, déjele usted decir. Se burla. ¡El